

— En todas las tabernas de Paris, le interrumpió José riéndose. Vamos, Chinela, dejaos de emociones fingidas, que no os sientan bien.

— Preciso es confesar, añadió madama Lamouroux, que si la Pippione es vuestra hija, vos sois un padre muy singular.

— Ahí está toda la cuestion, dijo José. ¿Es él el verdadero padre de la Pippione? porque sabido es que estos titiriteros tienen muchas veces niños robados.

— Ya estamos en el negocio, se dijo entre sí Chinela.

Y alzando la cabeza quiso responder :

— ¿Por quién me tomáis vos?

Pero José, interrumpiéndole de nuevo y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo :

— Debo advertiros, Chinela, que el género patético os sienta tan mal como el género tierno. Nosotros os tomamos simplemente por un mozo muy ligero en materia de escrúpulos, muy ancho de conciencia y muy escaso de dinero : todo cuanto queráis decirnos, no cambiari un ápice el concepto que tenemos formado así respecto á vos, como respecto al asunto de que nos ocupamos. Podeis hablar sin temor y con toda franqueza. Si hubiésemos querido perderos, ya lo estaríais á estas horas, sin tener necesidad de recurrir á vuestras propias confianzas. Lo mejor es que respondais categóricamente. ¿Es la Pippione hija vuestra?

Chinela bajó la vista y aparentó vacilar y como si la confesion que iba á hacer le costase un grande esfuerzo. Al fin respondió con voz sorda y despacio :

— No.

— ¿Es una niña robada?

— No, volvió á responder. Me la confiaron.

— ¡Vaya un buen tutor que le habian elegido!

— Y ¿quién? ¿quién? preguntó Elena con ansia.

— Un viajero que no hizo mas que atravesar por Nápoles.

— ¿Cómo se llama?

— Ya comprendereis que él no fué á decírmelo.

— Y ¿vos no habeis tratado de averiguarlo?

— Mucho; pero no lo he logrado. Nadie le conocia en la ciudad, y ademas ya os he dicho que no hizo mas que atravesarla.

Elena dejó caer sus brazos con desaliento, y Chinela comprendió que se extraviaba metiéndose por un mal camino.

Si aparentaba no saber nada, era claro que no habria grande interés en comprarle un secreto que él no podia vender.

Continuando en negar, era preciso hacerlo de manera á dar á entender que, en caso necesario, podria decir alguna cosa mas.

Así trató de corregir el mal efecto de sus últimas palabras, por lo que ellas tenían de afirmativo, por medio de una vaga y misteriosa sonrisa.

Elena sorprendió esa sonrisa, que hizo nacer en su corazón una nueva esperanza.

— ¡Ah! exclamó. ¡Mentis! vos sabeis su nombre.

Chinela no respondió una palabra.

— Lo conoceis, continuó la pobre mujer; temeis quizá no ser recompensado despues que hayais descubierto vuestro secreto. ¡Oh! si es así, hablad, ¿qué es lo que exigis? Sea lo que quiera lo que pidais, lo tendreis.

Chinela continuaba callando, pero esta vez porque se hallaba embarazado; ¿cómo habia de decir un nombre que él ignoraba?

Elena le habia tomado las manos y con los ojos arrasados de lágrimas se lo suplicaba y le decia :

— ¡Ese nombre!... decidme por favor ese nombre... ¿de qué os sirve el ocultármelo? ¿Para qué puede seros á vos útil? ¿temeis el comprometeros? Pues os juro que en todo este negocio no se hará la menor alusion á vos. Ademas, sereis rico, podreis marcharos, iros á donde queráis. ¡Vamos! yo no sé qué mas he de deciros, cómo convenceros; ¿qué es lo que queréis? ¿qué es lo que exigis?

Pero nada, ni una palabra. Chinela estaba en brasas, como suele decirse; su facundia italiana no le servia ahora de nada. Le pedian un nombre, y este nombre él lo ignoraba.

José se acercó entonces y dijo :

— Dejadme, Elena. O este hombre no sabe nada, ó yo le habré obligado antes de la noche, á que responda claro.

## XXV

## CASTOS AMORES.

El doctor Ozam se habia quedado acompañando á la Pippione mientras que José y madama Lamouroux hacian este primer interrogatorio á Chinela.

No era sin tristeza que ella los habia visto salir, acompañándolos hasta la puerta con una mirada melancólica, pero cuando al volver sus ojos se fijaron en la bondadosa fisonomía del doctor, en seguida apareció en sus labios descoloridos una apacible sonrisa.

— Vamos, Pippione, le dijo el buen doctor con voz alegre, héos aquí hecha una mocita á lo que parece. Dentro de quince dias esas mejillas pálidas van á volverse sonrosadas, y esos ojos abatidos van á ponerse mas brillantes que nunca.

— Habeis sido todos tan buenos para mí, dijo la Pippione, que me parece que lo que aquí se respira no es aire, sino la vida misma. ¡Me hallo tan dichosa de verme amada, pobre de mí que siempre he sido tan maltratada...! ¿Qué he hecho yo para que el buen Dios os haya enviado en mi socorro, y que será de mí cuando ya no os tenga?

A esta idea se asomó una lágrima á sus ojos que se escurrió como una gota de rocío por entre sus párpados medio

cerrados, y se quedó balanceándose en las puntas de sus largas y rubias pestañas.

— Nada de tristeza, Pippione, exclamó alegremente el doctor; la Facultad lo prohíbe absolutamente. Si estais triste volveréis á caer mala, y yo me veré obligado á volveros á hacer tomar esas pícaras drogas negras tan desagradables.

Y al hablar así la amenazaba con el dedo, y hacia visajes con los ojos con una severidad muy cómica.

La lágrima se escurrió á lo largo de la mejilla nacarada de la jóven que se echó á reír.

— ¡Bueno, bueno, picarilla! burlaos de vuestro médico cuanto queráis, pero que no vuelva á haber penas imaginarias y forjadas por el capricho.

Veamos, dijo, despues de un corto silencio y en un tono de cariñosa reconvenccion, ¿cómo habeis podido imaginaros que se os abandonaria despues de haberos resucitado, por decirlo así? Los corazones generosos, Pippione, toman cariño á las personas en razon misma de los sacrificios que han hecho por salvarlas, y yo conoceria muy mal á madama Lamouroux, si no creyera poder tener el derecho y aun el deber de afirmaros, en su nombre, que nunca os abandonará.

— ¡Ah! exclamó la Pippione, ¿podré vivir siempre á su lado, y al lado de M. José?...

— ¿Y por qué no? respondió el doctor. Madama Lamouroux no tiene hija, y vos le servireis como tal : la consolareis, á vuestra vez, á ella que os ha consolado. ¡Oh! no temais nada; en este cambio vos sois la que dais mas, querida niña, y os veo destinada á ser un rayo brillante de sol en una existencia bien triste y bien desconsolada hasta este dia.

— ¡Cómo! exclamó la niña con una mirada llena de fuego, y en un tono de celestial alegría, ¿yo podria servir de algo y contribuir á la dicha de madama Lamouroux? ¡Oh! nunca, nunca he sido tan feliz como en este momento!

— Es preciso continuar siéndolo, dijo el buen doctor, por que siendo dichosa es como podreis pagar á esa mujer generosa la deuda de gratitud que habeis contraido con ella.

¿Qué pensamiento atravesó la mente de la Pippione para que se pusiese de repente encendida y bajase sus grandes ojos azules con encantadora confusion?

— ¿Y él?... preguntó, y ¿M. José?

— M. José... ¿qué? preguntó el doctor.

— ¿Se quedará tambien él con nosotras?

— Sin duda. José es, como vos, un hijo adoptivo de madama Lamouroux, y mientras ella viva, no la abandonará jamás.

— ¡Ah! tanto mejor, exclamó la Pippione con una candorosa alegría. Si nos hubiese dejado, se me figura que no habria podido ser nunca completamente dichosa.

— ¿Tanto es lo que amais á José?

— Seria la mas ingrata de todas las criaturas, respondió la Pippione con fuego.

— Miren, miren eso.

Y valiéndose del privilegio de su edad y de su profesion, el doctor Ozam dió unos golpecitos en las mejillas de la Pippione con el revés de su mano.

— A él solo es á quien yo debo el estar aquí, y haber conocido á madama Lamouroux.

Y la Pippione le contó cómo José la habia cogido en sus brazos, trasportándola desvanecida y moribunda á esta casa en la que debia encontrar la dicha.

— Pero eso no es todo, M. Ozam; yo tenia calentura, deliraba, qué sé yo. Vos me dabais por muerta, y pensábais que yo no veia ni oia nada; pero yo veia y oia todo, y sé que muchas veces me ha estado velando ahí, en ese sillón, y que á cada momento venia á ver si yo dormia, andando de puntillas para no despertarme, preparando los remedios, y hablándome, cuando me los daba, con una voz dulce y tan suave, que al oír la dulzura de su voz, yo olvidaba la amargura del remedio... Y cuando yo estaba peor, ¿tenia el aire tan triste, y tan alegre cuando yo estaba mejor!... de modo que yo, á quien él no conocia el dia antes, parecia que me habia vuelto una hermana suya, una hija querida; ¿pues cómo no habia de amarle?... ¡Oh! M. Ozam, mejor quisiera morir que no amarle.

Hablando así se habia enderezado enteramente, con las mejillas encendidas, con los ojos muy animados y el seno palpitando : estaba realmente hermosa.

— Vamos, vamos, pequeña rabiosa, no hay que agitarse de ese modo, ó si no me enfado, dijo el doctor; en primer lugar cubrid esos brazos que van á quedarse frios. ¡Qué diantre! ya podeis amar á vuestro José cuanto os dé la gana, nadie os lo prohíbe, pero esta no es una razon para que volvais á caer mala.

¡Eh! mirad si yo tenia razon; os habeis vuelto á poner ahora bien pálida : esos arranques son demasiado violentos para que podais soportarlos todavia.

En efecto, la Pippione habia vuelto á dejarse caer entre los almohadones; toda su sangre habia refluído al corazón, y sus mejillas se habian puesto tan blancas como el marfil.

Pero la causa de este desfallecimiento no era la que creia el doctor Ozam. Al tenderse sobre las almohadas, la pobre niña habia pronunciado dos palabras, pero con voz tan débil que el doctor no habia podido oirlas, y en aquellas palabras iba envuelta toda su alma. Habia dicho :

— ¡Ahí está!

Y sin embargo, todavia no se habia sentido ningun ruido en el cuarto.

¿Tenia la Pippione el don de ver á través de las paredes?

La puerta se abrió en efecto, y José entró seguido de madama Lamouroux.

Y segun se iba acercando al lecho en donde la Pippione estaba, esta se sentia revivir, volvia á subirle los colores al rostro, y la sangre generosa y sonrosada circulaba mas libremente bajo los finos tegumentos del cutis. Los labios se sonreían, y la luz de la alegría y de la salud se encendia en el fondo de sus ojos azules.

Era una transfiguracion completa, una verdadera resurreccion.

Ciertamente que M. Ozam era un gran médico, pero no podía lisonjarse de haber hecho aquella cura milagrosa, cura que era debida á un médico mucho mas hábil que él: á un médico que se llama «el Amor.»

La Pippione se habria visto bien apurada si hubiese tratado de darse cuenta de las sensaciones que experimentaba; mas aun, si hubiese tenido que analizarlas. Su espíritu era todavía el de un niño, pero su corazón era ya el de una mujer.

¡Oh! ¡qué hora tan encantadora es aquella en que el boton de la rosa se va á abrir; el momento en que la oruga va á transformarse en mariposa, ó en que la larva encerrada en la prision oscura del capullo siente nacerle las alas; aquel momento en que, toda turbada, niña todavía, la virgen siente por primera vez en el fondo de su corazón las dulces emociones del amor que le eran desconocidas!

Imaginaos una noche sombría, una noche eterna, aquella noche terrible que precedió al alba primera.

¿Con qué mirada atónita no debió contemplar el hombre, si es que entonces existía ya, aquel fuego desconocido que se encendía en el horizonte?

Los primeros rayos debieron sin duda lastimar sus ojos de nictálope, y debió tener miedo en un principio; pero á medida que su vista se iba acostumbrando á los resplandores, sentía penetrar en su alma el gozo inmenso de la luz.

Y á medida que el astro luminoso iba escalando los cielos, y triunfando con su gloriosa carrera de los horrores de la oscuridad y de la noche, el hombre doblaba sus rodillas; y cuando, llegando al punto mas elevado de su zénit, no dejó ya ningun refugio á la sombra, su mortal enemiga, el hombre entonces, prosternando su frente contra el suelo, lo adoró.

¿Os ha sucedido alguna vez el que hallándoos por la tarde, á la hora del crepúsculo, apoyado de codos en vuestra ventana con el corazón afligido, el espíritu abrumado, hayais llegado á percibir entre los confusos ruidos de la noche el sonido de alguna música lejana?

Que esta música sea alegre ó triste, poco importa; pero tened por cierto que cualquiera que sea su carácter, ella se transformará en alegre ó triste, segun las disposiciones en que vuestra alma se halle.

Y entonces, en el cielo encapotado, las nubes tomarán formas mas vagas, y os parecerá ver flotar en medio de ellas las fantasmas de vuestras desvanecidas ilusiones, y de vuestras perdidas esperanzas.

Pero la música se acerca poco á poco, al mismo tiempo que el cielo se oscurecía aun mas, y la vida real reemplaza la ilusoria: aquella música era la de un regimiento en marcha, ó la de los vendimiadores que volvían del campo, ó tal vez la de un simple organillo berberisco que repetía sin cesar el aire de «O mi Fernando» ó el del «Pié que se mueve.»

Pues lo mismo sucede con el amor. El mas encantador de todos es el primer amor, aquel que no ha llegado nunca á tomar cuerpo, á realizarse.

Menos apto que la pasión para llevar á cabo grandes cosas, deja en el alma un perfume suave y ligero, como el olor de la violeta ó del jazmin.

Algunos prefieren las brillantes y resplandores de un sol de mediodía; yo, por mi parte, confieso mi débil, me gustan mas los adorables fulgores del alba.

El alba indecisa, vaga y encantadora, que precede á la salida del sol, es decir, esas sensaciones tiernas, vagas é indefinibles, que preceden al amor en el corazón de una joven de diez y seis años.

## XXVI

## LA SOLEDAD ES BUENA CONSEJERA.

Chinela habia vuelto á quedarse solo en el cuarto que le servía de prision, y ya no le parecia ahora tan fácil la ejecución de su plan como se lo habia figurado al principio.

En vez de andar con rodeos, sus adversarios se habian dirigido desde luego y con osadía al objeto principal, y esta maniobra atrevida habia desconcertado su habilidad italiana.

No le habia sido posible decir dos frases siquiera de aquella relación histórica que él habia forjado en su imaginación, y José le habia interrumpido bruscamente desde las primeras palabras.

No se queria saber de él mas que una sola cosa: un nombre.

Y ahora le pesaba amargamente el haber dado á entender que él sabia ese nombre.

Al confesar, aunque tarde, que él no sabia ese nombre, arriesgaba descontentar á sus extraños raptos, y las últimas palabras de José contenian una amenaza que no dejaba de causarle alguna inquietud.

Aun cuando habia afirmado con el mayor desearo que él no temía á la justicia, no hubiera querido en manera alguna que hubiese venido á informarse de su vida privada, y sacase á relucir la historia antigua de Thomaso y de la Monna.

Le quedaba todavía un vislumbre de esperanza, el de que sus carceleros ignorasen historia semejante.

En suma, no parecia que le querian hacer mal, porque á muy luego de haber salido del cuarto José y madama Lamouroux, volvió á abrirse la puerta, y entró nuestro amigo Jacquemin con un canastillo cubierto.

Esta cestita contenía dos ó tres platos de una apariencia y de un olor muy aperitivos y agradables, y por encima de la tapadera asomaban sus cuellos unos frascos de un aspecto no menos excitante.

Jacquemin dispuso gravemente los cubiertos sobre un velador, y cuando concluyó sus preparativos, exclamó:

— Vamos, Chinela, á la mesa.

Chinela se estremeció al oír el sonido de aquella voz que le era conocida, y alzando la vista con viveza, exclamó á su vez:

— ¡Cómo! ¿eres tú, Luis Tuerce-Tripas?... ¿por qué casualidad?...

— Comamos primero, que luego nos haremos nuestras confianzas. Por el pronto bástete el saber que yo estoy encargado buenamente de custodiarte, con el único objeto de que no trates de privarnos de tu compañía. Pero ya ves que no me porto mal: yo mismo he recomendado á la cocinera que nos preparase algo bueno, y he bajado al sótano á escoger esos frasquillos en los buenos rincones.

Y hablando así, Luis se habia sentado sin cumplidos, habia destapado los platos y llenado el de Chinela, sin olvidar el suyo.

Despues empezó á comer con buen apetito, mientras que Chinela le miraba al soslayo con socarronería.

— Parece que tienes vara alta en esta casa, le dijo al fin el titiritero.

— Así, así, le respondió Luis echándole un trago. Lo diario, como ves, no es malo.

— ¿Y el trabajo?

— No muy pesado.

— ¿Y cómo has encontrado tan buen acomodo?

— Poco mas ó menos como tú. Los amos son unas gentes muy originales; se ocultan para hacer bien, así como otros se ocultarian para obrar mal. Una manía.

— Si me quieren hacer bien, gruñó Chinela, podrian servirse de otros medios.

Jacquemin no juzgó oportuno contestar á esta observación: llenó los dos vasos, y chocando el suyo contra el de Chinela:

— A tu salud, amigo, exclamó.

— ¿Y qué bien me quieren hacer? volvió á preguntar Chinela.

— ¡Diantre! yo no sé: lo que hay de cierto, es que en este mismo momento se están ocupando de tí; porque yo he oído á M. José, al tiempo de subir al coche, que decía al cochero: «A la embajada de Nápoles.»

Chinela se puso lívido.

— ¿Qué tienes? le preguntó sencillamente Jacquemin: se diría que te se ha atravesado alguna espina en el gaznate.

— ¿Has oído bien que decía: «A la embajada de Nápoles»? preguntó Chinela.

— Perfectamente, dijo Luis.

Y luego añadió con aire indiferente:

— Será sin duda para tener algunos informes acerca de tí. Lo mismo han hecho conmigo en otro tiempo.

Pero dejemos eso á un lado; yo no sé nada mas acerca del particular; esos son negocios que á mí nada me importan. Bebamos de lo fresco, este burdeos es excelente, ¿qué te parece?

Chinela no le respondía; con la cabeza inclinada hasta tocar con la nariz en su plato, estaba reflexionando profundamente.

Luis, sonriéndose por lo bajo, se decía:

— El golpe ha sido bueno, le ha herido en lo vivo; ¿qué diablos de fechoría puede haber hecho en Nápoles este canalla?

— Por lo visto, añadió en voz alta, tú parece que no tienes humor de reír hoy; entonces me marchó, y mira qué bueno soy; te dejó la última botella.

Y en seguida de haberle hecho esta amable concesión, recogió todos los trastos con los restos del almuerzo, y se largó como habia venido, silenciosamente.

Chinela volvió á quedarse solo nuevamente con sus ideas, cada vez mas tristes.

La visita de M. José — puesto que era M. José como le llamaban — á la embajada de Nápoles, no le presagiaba nada bueno.

Le daba cierto olor de presidio que le desagradaba en gran manera.

Ahora se mordía los dedos de rabia por haberse dejado llevar de sus ideas ambiciosas, y de buena gana hubiese dicho todo en aquel momento sin mas condicion que la de que le dejaran libre en la calle para irse á donde quisiera, como lo hacia ayer todavía.

Se paseaba á lo largo del cuarto como un oso en la jaula, y de vez en cuando se aproximaba á la ventana y calculaba su altura.

Solamente, que la evasion durante el dia era imposible efectuarla por aquella parte, no habiendo la costumbre en la calle Vivienne de salir á la calle por las ventanas.

En fin, en desesperacion de causa, se fué á llamar á la puerta.

La voz de Luis le respondió:

— ¿Qué te se ofrece, amigo?

— Quisiera hablar á M. José, le contestó tímidamente Chinela.

— M. José no ha vuelto todavía, tan pronto como venga yo te lo enviaré.

Y Chinela volvió á continuar su paseo de fiera enjaulada.

Eran cerca de las cinco de la tarde, y empezaba á anocheecer; las nieblas de Paris hacían el tiempo mas sombrío.

Un farol alumbraba melancólicamente en el patio, y de las ventanas de los cuartos se destacaban cuadros de luz sobre el pavimento del patio.

Segun iba oscureciéndose el cuarto, los pensamientos de Chinela se iban haciendo mas tristes.

Ya no era en el presidio en lo que él pensaba, sino en la horea.

¡Y M. José no volvia!

Chinela deseaba ahora tener la conversacion con la mayor ansia, así como antes habia hecho lo posible por retardarla.

Espiaba con la mayor atencion los menores ruidos de afuera de la casa, esperando oír volver la llave de la cerradura y ver abrirse la puerta.

La llave se volvió y la puerta se abrió, pero no fué M. José quien entró.